

de todos los hombres. El cielo, digámoslo así, se abre sobre la cabeza del bautizado; el Espíritu Santo desciende á su corazón, le consagra como á su templo y morada permanente; y el Padre celestial, viendo en el alma del neófito la imagen de su Unigénito Hijo, hace en algún modo oír su voz desde el cielo, diciendo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo todas mis complacencias.*

Finalmente, y por no hacernos interminables, concluiremos diciendo que el bautizado recibe además *gracia sacramental*, ó sea un derecho á recibir de Dios gracias actuales para cumplir debidamente todas las obligaciones del cristiano, y repetiremos con San Ambrosio, que por las aguas regeneradoras del Bautismo hace él alma un tránsito de lo terreno á lo celestial, de la muerte á la vida, de la culpa á la gracia, de la condenación á la salvación. Y todo esto—como dijo el Apóstol—*no por obras de justiciu que hayamos hecho nosotros*, es decir, no por nuestros méritos, *sino por la infinita misericordia de Jesucristo, que nos hizo salvos por el Bautismo de regeneración.* (Tit., III, 5.)

CAPITULO VI

Continuación de los efectos del Bautismo.

1. El Bautismo basta para hacernos felices.—2. Por qué nos quedaron reliquias del pecado de origen.

GRANDIOSOS y magníficos como son los *efectos divinos* del Bautismo, enumerados en el capítulo anterior, todavía no expresan por completo los provechos que en la fuente sagrada recibimos, pues ellos trascienden por modo maravilloso, no sólo al *orden moral* de los individuos y de las familias, sino al *buen régimen* de las sociedades y los pueblos.

El Bautismo—dijo en su tiempo el grande Augustino—es «una indulgencia plenaria en que se saldan todas nuestras cuentas y reatos originales y personales (1)»; es decir, un acto donde se nos perdonan todos los pecados y todas las penas. Santo Tomás añade que ese Sacramento *posee virtud suficiente para librarnos de todas las penalidades de la presente vida*, en lo cual declara la grandeza intrínseca de ese acto sacramental y la grande estima en que deben tenerle los hombres, pues con él basta para hacernos enteramente felices en tiempo y eternidad.

2. Sin embargo, no somos felices por completo todos los bautizados, y nos quedan las concupiscencias, las ignorancias, las enfermedades y la muerte, por una grande misericordia de Jesucristo para con nosotros, pues conviene que el hombre regenerado por Cristo se asemeje en los padecimientos á Él, principio de su nueva vida; conviene que luche y padezca en este mundo, porque así como Cristo inocente se sirvió del dolor como de instrumento para su gloria, así también nosotros; conviene que los miembros incorporados con su cabeza, Cristo, reporten la victoria en la lucha espiritual;

(1) «Magnam indulgentiam in qua solvitur omnis reatus, et ingeneratos, et additus.» (S. August., in *Enchiridion*, cap. LXIV.) Véase S. Thom., *Summ. Theol.*, p. III, q. 69, a 2, corp.)

conviene que nos colmemos de méritos batallando contra el enemigo con las gracias copiosas que se nos confieren en las aguas bautismales; conviene que ninguno de los nacidos se acerque á recibir el Bautismo más bien por las ventajas de la vida presente que por la gloria futura, pues entonces, ya lo dijo el Apóstol, *seríamos los más desdichados de todos los hombres* (1).

No obstante, los beneficios que el mundo entero reporta de este primer Sacramento son tantos y tales, que tendríamos por gran falta no dejarlos aquí siquiera indicados. —Diremos, pues, brevemente:

- 1.º Los efectos del Bautismo en el orden moral.
- 2.º Lo que produce en el orden social.

§ I

DE LOS EFECTOS DEL BAUTISMO EN EL ORDEN MORAL

3. El Bautismo tiene por objeto hacernos semejantes á Cristo.—**4.** Contiene las demasías del hombre viejo.—**5.** Da medios para moderar sus desordenadas exigencias.—**6.** Cuáles son estos medios.—**7.** Todo nuestro porvenir está en las gracias bautismales.—**8.** ¿De qué manera?—**9.** Ejemplo.

3. «*Dos cosas*—dijo el Angélico Doctor—necesitaba el hombre después de haber prevaricado: una, *participar de la divinidad*; otra, *despojarse de la antigüedad*; ó lo que es lo mismo, despojarse del hombre viejo y vestirse del nuevo. Ambas nos las ha granjeado Jesucristo: la primera, haciéndonos por su gracia participantes de su naturaleza divina; la segunda, transformándonos por el Bautismo en nuevas criaturas (2).» Esto es, en criaturas que vivan del espíritu de Cristo, combatiendo la vida *sensual* y aspirando á la vida *celestial*. Jesucristo es la moral por excelencia, y el Bautismo tiene por objeto hacernos semejantes á Cristo. ¿Es posible encontrar nada más esencialmente moralizador?

4. Todos los hombres, aun después de bautizados, sienten en

(1) I Cor., XV, 19.—«Baptismus habet virtutem auferendi poenalitatem praesentis vitae, non tamen eas auferit in praesenti vita, sed ejus virtute auferentem á justis in resurrectione quando, mortale hoc induet immortalitatem, ut dicitur.» I Corint., XV, 54. (S. Thom., p. III, q. 69, a. 8, corp.)

(2) Homo in statu perditionis, duobus indigebat, scilicet, participatione divinitatis, et depositione vetustatis. Christus utrumque praestitit nobis; prius, dum nos per suam gratiam effecit divinae consortes naturae; posterius, dum per Baptismum nos in novam creaturam regeneravit. (S. Thom., *De peccat.*)

su interior el hombre viejo, exigente y altivo, con sus concupiscencias desordenadas, y el primer efecto del Bautismo en nuestros corazones es hacer, no que nuestras concupiscencias mueran, puesto que el Señor tuvo por bien dejarlas vivas, pero sí que sus demasías queden dominadas dentro de los límites razonables. ¡Beneficio inmenso que constituye á nuestro espíritu dentro del orden moral y que nos sustrae del *grosero materialismo* y de sus horrorosas consecuencias.

Del materialismo, tendencia perniciosa de nuestro ser degradado, que destruye *al cuerpo*, precipitándole en el oleaje de sus pasiones insubordinadas que le debilita, que le enferma, y que no pocas veces le conduce al extremo de una muerte anticipada.

Del materialismo, peste funesta *del alma*, que la halaga, que la acaricia, que, cuando menos, la abate, no siendo raro el que la manche y la precipite, haciéndola perder todo sentimiento de dignidad humana.

Del materialismo, vicio general de las sociedades modernas, dispuestas á sacrificarlo todo, incluso el alma, y la Religión, y Dios, por saborear los efímeros deleites de los sentidos corporales.

5. Pero realmente, ¿hace esto el Bautismo?—¡Oh! Sí; pues él, por su propia virtud, enriquece al alma con todos los elementos y medios necesarios para combatir la sensualidad y cortar sus demasías y dominarla en todo aquello que se oponga al orden moral establecido por Dios.

Recorriendo un misionero regiones remotísimas, instruyó y bautizó á un salvaje, y partióse luego á continuar sus trabajos apostólicos. Un año después volvió al mismo lugar, y teniendo noticia de su llegada el antes salvaje y ya bautizado, pasó á verle y le rogó encarecidamente le diera la santa Comunión.—«Sí, hijo mío—contestó el misionero—mas antes es preciso que me confieses los pecados mortales que desde el año anterior hayas cometido.—*Pero, Padre*—contestó atónito el salvaje—*¿hay cristianos en Europa que, después de haber sido bautizados y de haber recibido el Cuerpo de Jesucristo, vuelvan á ultrajar á Dios con algún pecado mortal? Yo, gracias á Dios, no creo tener ninguno.*»—Admirado el misionero, bendecía al Señor, viendo que era servido y glorificado por almas tan fieles aun entre los pueblos incultos.

He aquí un ejemplo práctico que evidencia el grande auxilio que el Bautismo presta á las almas para evitar las infracciones del orden moral.

Pocos razonamientos son necesarios para probar esta verdad,

pues ella fluye como por su cauce de los *efectos divinos* del Sacramento, que dejamos sentados en el capítulo anterior, y todo cristiano que tenga fe y buen juicio lo está experimentando dentro de sí propio. Preguntadle á uno de estos buenos cristianos: «¿Qué eres, qué quiere de ti la amorosa providencia de Dios?» Y responderá sin vacilar: «¿Quiere que me venza en los tentaciones, que haga uso de las gracias con que ha enriquecido mi alma en el Santo Bautismo, que le pida en oración humilde cuantos nuevos auxilios haya menester. Quiere unirme á su propio corazón para inundarme con sus esplendores, para vivificarme con su propia vida, para fortalecer mi espíritu y que jamás desfallezca en el combate contra mis concupiscencias. Quiere que salga victorioso, para luego darme á gustar su gozo eterno y hacerme partícipe de su gloria para siempre. Esto es lo que quiere de mí, esto lo que manda; y como Dios no manda imposibles, sino que al mandar da aquello que manda, esto es, da medios y fuerzas para hacer lo mandado, por eso jamás desfallezco, y digo con San Pablo: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta.*»

6. Y si de nuevo interrogáis á ese cristiano: «Decidme, ¿de dónde os vienen tan poderosos auxilios y fortaleza tan sobrehumana?» Contestará al punto: «Me vienen radicalmente del santo *Bautismo*, porque ese Sacramento es la puerta de todos los restantes; él me habilita para recibirlos todos con el cúmulo de gracias que le son anejas; él me hace participar de los bienes grandiosos de la Iglesia y de los tesoros inefables del cielo; él me hace hijo de Dios, hermano de Jesucristo y heredero de la patria celestial.»

«Es más—dirá:—en la fuente bautismal recibió mi alma la gracia santificante, y juntamente con ella las virtudes teologales *Fe*, *Esperanza* y *Caridad*, y también las *virtudes morales* que la embellecen, ayuda y fortifican, haciéndola fácil cumplir pronto y denodadamente todas las exigencias de la vida cristiana. Y como si esto no fuera bastante para poseer cierta omnipotencia en la vida del espíritu, dignóse el Señor añadirme en el mismo Sacramento de regeneración otra nueva gracia, que llaman *sacramental*, distinta de las virtudes y dones, con la cual adquiero derecho á especiales auxilios cuando llegue la ocasión de combatir los vicios y de vivir la vida de Cristo como miembro suyo (1). He aquí de dónde me viene

(1) Que juntamente con las gracias *santificante* y *sacramental* infunde el Señor en el alma, por el Bautismo, los dones y las virtudes teológicas consta del Concilio Tridentino, sess. 7.—En cuanto á las demás virtudes morales, se lee en el Catecismo Romano, hallán-

la fortaleza para ser invencible ante las asechanzas del enemigo, y para llevar en el mundo una vida pura enteramente ajustada á las prescripciones de la moral cristiana. El Señor Dios se dignó purificarme en el Bautismo, no sólo para hacerme agradable á sus divinos ojos, sino para impulsarme por las vías de la justicia y santidad (1).»

7. De esta manera se expresan las almas cristianas cuando se hallan instruidas en la doctrina del Evangelio; y si alguno les objeta que las virtudes infusas mediante las aguas bautismales son meros *hábitos* y no *actos* del orden moral, responden, con un Prelado contemporáneo, lo siguiente: «Es cierto, son hábitos; pero todo nuestro porvenir está allí en germen. La gloria no es sino fructificación de la gracia, es decir, fruto del divino germen puesto por el Bautismo en esta frágil arcilla de los hijos de Adán. Si el niño bautizado muere, el fruto de esa semilla brota de por sí, y madura instantáneamente al primer rayo del sol eterno: si el niño vive, cargo suyo es guardar esa semilla, muchas veces defenderla contra ladrones, cultivarla siempre; pero en él permanece, sin que nada ni nadie pueda quitársela, y en él crece, y al par de ella va Dios creciendo en su corazón, y Dios, que la sembró, se constituye, en unión nuestra, cultivador, para hacerla fructuosa (2).»

8. Es decir, que las virtudes infusas, ó hábitos divinos que recibimos en el Bautismo, inclinan nuestra alma á actos sobrenaturales, imposibles para el hombre no bautizado, los cuales actos contrabalancean y tienen á raya las fuerzas de la concupiscencia y previenen la despótica dominación de la misma.

Es decir, que el alma del bautizado, con el germen de dichas virtudes infusas, podrá llevar una vida sobrenatural y divina, sin más que desenvolver y cultivar dicho germen, cuyo principio es divino.

Es decir, que con la fuerza habitual de las referidas virtudes, el bautizado lleva en sí mismo un principio *celestial*, que le habilita para poder vivir de una manera celeste, tal como es posible á humanas criaturas. (I Petr., I, 23.)

Es decir, que el Bautismo comunica al alma un poder maravi-

dose confirmado con la autoridad del Papa Clemente V en el Concilio de Viena; y esta es la doctrina común de los teólogos en nuestros días, fundándose en Santo Tomás, p. III, q. 69, a. 4

(1) Ut mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum. (Tit., II, 14.)

(2) M. Gay: *Virtudes cristianas*, De la castidad, I.

lloso para obrar santamente, según el orden moral establecido por Dios, siendo al mismo tiempo hermosa salvaguardia de la dignidad humana. ¿Quién no sabe por la historia la diferencia que existe entre la vida moral de los pueblos cristianos, y la de los pueblos paganos?

9. Refiérese en los *Anales de la Propagación de la Fe* que el Padre Surin, visitando el pueblo de Notaonasibi, se interesaba en conocer el estado de los infieles recién convertidos al catolicismo. «Padre—le dijeron—la transformación de esta tribu es el asunto de las conversaciones de todo el país. Hasta el último invierno eran estos hombres una horda de ladrones, ebrios, pendencieros, el escándalo y el terror de la comarca. Mas después que han recibido el Bautismo son otros hombres; todo el mundo admira su sobriedad, su moralidad y su orden, en especial su constancia en la oración. Las cabañas se alegran ahora con sus piadosos cánticos y á todos atraen con su bondad.» «Es un misterio para mí—añadió un viejo cazador americano;—yo he visto con mis ojos á estos mismos salvajes en 1813 y en 1814 entregando á las llamas y al pillaje las habitaciones de los blancos; los he visto tomar de los pies á tiernos niños, y ora destrozales la cabeza azotándolos contra las murallas, ora arrojarlos dentro de un caldero de agua hirviendo. Y al presente, basta que vean una sotana para que caigan de rodillas y besen las manos al sacerdote, como un hijo á su padre: esto es extraordinario, y nosotros mismos nos sentimos avergonzados al ver que nos dan el ejemplo.»

Así habló aquel hombre, con la sencillez propia de la verdad; y como de estos ejemplos pudieran citarse innumerables, que prueban hasta la evidencia lo que vamos diciendo, basta en confirmación que indiquemos ahora los maravillosos efectos que el Bautismo produce en el orden social.

§ II

INDÍCANSE LOS EFECTOS DEL BAUTISMO EN EL ORDEN SOCIAL

10. Crueldad de los paganos con los niños recién nacidos.—**11.** Era autorizado por los sabios y por las leyes patrias.—**12.** Veneración del cristianismo á los niños bautizados.—**13.** Beneficios que la Religión les presta.—**14.** Resumen y colmo de la grandez bautismal.—**15.** Desarrollo de esta grandeza.—**16.** Conclusión.

Nada hay más expreso y repetido en la historia de los pueblos que la diferencia de costumbres y de sentimientos humanitarios

entre las sociedades cristianas y las paganas. No habremos de extendernos en esto, pues basta á nuestro propósito concretarnos á la conducta que se observa con los niños recién nacidos en las unas y en las otras.

10. Comencemos por los pueblos de la gentilidad, y encontraremos en ellos aberraciones monstruosas que ponen espanto al corazón. Verdad es certísima que la voz de la naturaleza, la voz de la sangre y la voz de la inocencia manifestada en los niños pequeñitos, están clamando enérgicamente que se respeten sus vidas y que no se les haga padecer; sin embargo, la experiencia atestigua que á la naturaleza degradada, abandonada á sí misma, le es muy difícil comprender el aspecto grande y noble de los seres infantiles. En los pueblos antiguos y en los modernos, donde el Bautismo no es conocido, fueron y son tratados los niños con la más inconcebible crueldad. Los padres tenían el derecho de vida ó de muerte sobre sus hijos recién nacidos, y podían exterminarlos á su voluntad, ya por parecerles que su complexión era débil, ya por simple capricho.

Las leyes patrias le otorgaban el derecho de matarlos ó de exponerlos en las vías públicas á la voracidad de los animales ó á merced de los transeuntes.

Todo el que pasaba era muy dueño de recoger un infante expuesto, y muchos lo hacían, no por compasión y piedad, sino por cálculo y para destinarle, ora á la esclavitud, ora á un tráfico más infame, no faltando explotadores que les rompían las piernas ó les mutilaban los brazos para excitar después la compasión pública. Hasta los filósofos, en nombre de la sabiduría, enseñaban con Platón, que era lícito quitar la vida á los niños, cuando ellos no podían darse razón de su existencia.

11. ¡Qué desprecio de la infancia, qué crueldad! «Hallábase—dice el Padre Monsabré—á merced de los intereses de la familia y de la república; se evaluaba á los inocentes niños como á un instrumento cuyo precio se mide por los servicios que presta. Si el infante nacía raquitico ó mal configurado, se desentendían de él porque amenazaba ser una carga para la familia ó para el Estado.» ¡Ferozes costumbres que deshonoran á los pueblos donde aún no ha sido arrancado el paganismo! Y la ferocidad era mayor, porque existía una ley mandando *que se cortasen sin piedad los retoños deformes*. (1). El mismo Platón, descendiendo de las elevadas cumbres de

(1) Leyes de las Doce Tablas. (In Cic., *De legibus*, III, 8.)